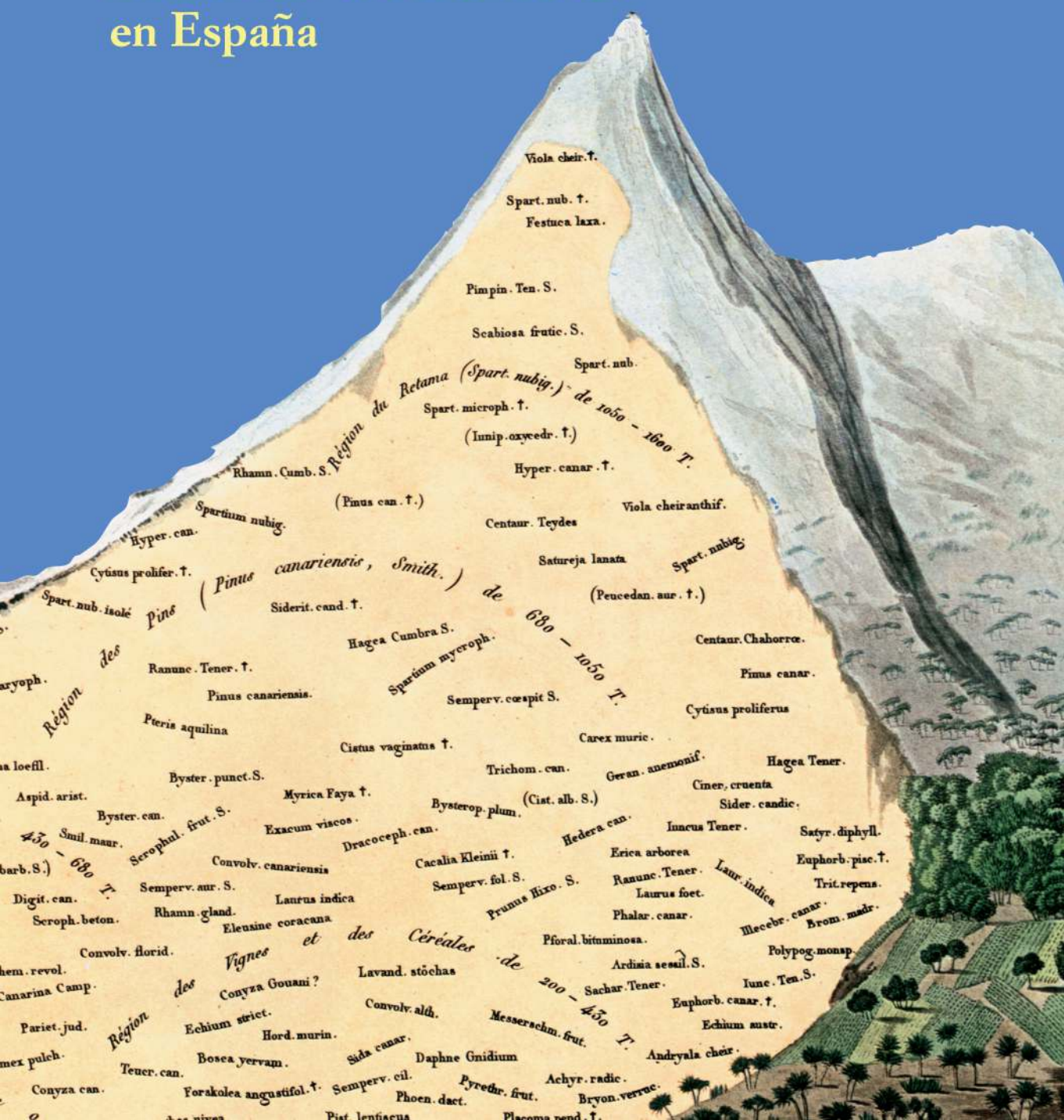


SENTIR Y MEDIR

Alexander von Humboldt en España



MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER MULERO
SANDRA REBOK

SENTIR Y MEDIR

Alexander von Humboldt en España

Prólogo

OTTMAR ETTE



DOCE
CALLES

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO I. Panorama histórico de la España de finales del siglo XVIII	17
CAPÍTULO II. Humboldt en España	47
CAPÍTULO III. Humboldt y España	115
CRONOLOGÍA	169
APÉNDICES	175
I. Textos de Humboldt sobre España	177
II. Proceso para la obtención del permiso de viaje	201
III. Selección de cartas	207
IV. Diarios publicados	239
V. Selección de comentarios sobre Humboldt publicados en la prensa española	298
VI. Necrología en la prensa española	301
Antecedentes historiográficos y bibliografía	337
ÍNDICES	
Índice de nombres e instituciones	371
Índice de topónimos	383
Índice general	393

AGRADECIMIENTOS

Queremos mostrar nuestro agradecimiento a las numerosas personas e instituciones que nos han ayudado en el largo proceso de recopilación de datos, ideas e información para la redacción de este libro.

Este apoyo se ha manifestado principalmente en el interés mostrado por este tema tan poco conocido dentro de la amplia investigación humboldtiana, en proporcionarnos datos concretos procedentes de sus respectivas áreas de trabajo y en facilitarnos generosamente el acceso tanto a sus centros de trabajo como a los materiales allí conservados.

De esta manera, quisiéramos mencionar especialmente a nuestros compañeros del departamento de Historia de la Ciencia del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, a Salvador Bernabéu de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos del CSIC, en Sevilla, a Josefina Gómez Mendoza, de la Universidad Autónoma de Madrid y a nuestros colegas del Centro de Investigación Alexander von Humboldt de la Academia de Ciencias de Berlín-Brandenburgo, en particular a Ulrike Leitner e Ingo Schwarz. También estamos muy agradecidos a Margot Faak, científica de esta institución, por su valiosa ayuda al estudiar los diarios manuscritos de Alexander von Humboldt y a José Luis Peset y Ottmar Ette, de los que siempre aprendemos algo.

Igualmente agradecemos al personal del Real Jardín Botánico de Madrid, de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, del Archivo Histórico Nacional, Hemeroteca Municipal y del Museo Nacional de Ciencias Naturales, también situados en Madrid, su ayuda al facilitarnos nuestra búsqueda de material e información en dichas instituciones. A Pedro M. Sánchez Moreno por su permanente confianza en nuestro trabajo. Por último, nuestro agradecimiento a nuestros padres y hermanos, que nos alientan desde la lejanía, a Rocío, Inés y Gonzalo, por su cariño, y a Chelo y Aurelio, por su paciencia, ayuda, amor y comprensión.

PRÓLOGO

VIAJE POR ESPAÑA EN 1799,
«CON [O SIN] CUENTOS FEÉRICOS»

ALEXANDER VON HUMBOLDT EN LA PENÍNSULA IBÉRICA: DESCUBRIMIENTOS DE UN «DESVÍO» DE LA ILUSTRACIÓN

«Me despedí de usted desde Marsella, pues tenía pensado partir hacia Argelia, estudiar a fondo el Atlas y emprender camino en caravana desde La Meca hasta El Cairo. Pero de nuevo se cernió sobre mí la sombra del aciago destino que ya hiciera fracasar mi viaje alrededor del mundo junto con el capitán Baudin. La inminente guerra entre Argelia y la República francesa me impedía pisar suelo africano, y fiel a mi objetivo de emprender una gran expedición para el estudio de la historia natural, me encaminé hacia los confines de Europa. Por entonces, cuando vine a España, lo único que esperaba era acceder de una forma segura hacia Marruecos. Pero la generosidad con la que me acogió el nuevo y joven ministro D. Mariano de Urquijo, el extraordinario trato que me dispensaron los propios monarcas enseguida me invitaron a esperar mucho más. El embajador de Sajonia, barón de Forell, excelso mineralogista y propietario de un interesantísimo gabinete geognóstico, me concedió el permiso para visitar las colonias españolas con todos mis instrumentos. Además, cuando fui a Aranjuez a despedirme del rey, éste me transmitió su deseo de apoyarme en cuantos objetivos científicos de provecho tuviere. Por todo ello, inicio mi gran expedición bajo los mejores auspicios y mil buenos presagios».¹

En estas líneas, dirigidas a Karl Maria Erenbert, barón de Moll, y redactadas a vuela pluma un 5 de junio de 1799 en La Coruña, pocas horas antes de partir rumbo a América a bordo de la fragata Pizarro, relata Alexander von Humboldt los movidos y emotivos meses de incertidumbre que precedieron a la «gran expedición» con la que tanto había soñado. No se había cumplido ni su deseo de acompañar al capitán Baudin en el viaje que éste había planeado alrededor del mundo, ni su propósito de dar el salto a Egipto o, si no, a Argelia o Marruecos. Humboldt, que a la sazón contaba 29 años de edad y había dejado de estar al servicio del Estado prusiano para, con ayuda de la fortuna que acababa de heredar, traspasar por fin las fronteras de Europa, se encontraba al borde de la desesperación. Fue entonces cuando tomó la decisión de llegar «hasta los confines de Europa» con su compañero de viaje y amigo, el francés Aimé Bonpland, para desde allí probar suerte, desafiando a su «aciago destino».

¹ Alexander von HUMBOLDT, «Brief an Karl Maria Erenbert Freiherr von Moll» en (id.) *Briefe aus Amerika 1799-1804*. Edición de Ulrike Moheit. Berlin Akademie Verlag, 1993, p. 33.

Y en efecto, España le trajo buena suerte. Su viaje por este país se convirtió, de un modo completamente distinto al *Viaje por España en 1679 y 1680* y los *cuentos feéricos* de la condesa d'Aulnay o *Alemania, un cuento de invierno*, de Heinrich Heine, en una suerte de sueño de una noche de verano en el que habría de hacerse realidad su sueño de viajar fuera de Europa. ¿Cómo no habría de estar agradecido a España el resto de su vida? El viaje a Finisterre supuso un viaje en pos de su propia fortuna, tanto personal como científica. El entusiasmo que revelan sus frases, así como su referencia a los «mil buenos presagios» dan a entender que estaba haciendo realidad su proyecto vital.

Durante mucho tiempo, los estudios centrados en la figura de Alexander von Humboldt han infravalorado o incluso obviado la trascendencia que tuvo España para este científico y escritor berlinés. En modo alguno se trataba de una crítica contra España, país que Karl Marx consideraba el «más desconocido de Europa». No olvidemos que desde el último tercio del siglo XIX, Humboldt se había convertido en un ilustre desconocido. Durante muchos decenios este autor, que publicaba más en lengua francesa que en alemán, se había vuelto inoportuno en su país y había pasado a un discreto segundo plano, desde el comienzo de la desastrosa cadena de conflictos francoalemanes. A la luz de las teorías de Charles Darwin, su obra científica parecía completamente obsoleta y su pensamiento, propio más bien de otras épocas. El que fuera autor de *Cosmos*, que a lo largo de más de siete decenios había ido pergeñando con paciencia una espléndida obra compuesta de fascinantes libros que impresionaban por la diversidad de cuestiones que trataban y su riqueza en lo que a expresión literaria se refiere, parecía haberse convertido definitivamente en un hombre de ayer, en un representante de otro mundo. Tuvo que pasar mucho tiempo para que de nuevo pudiera valorarse la vigencia de los conocimientos científicos humboldtianos así como su calidad literaria. El redescubrimiento del descubridor fue tardío.

Sin embargo, en los Estados hispanoamericanos que acababan de surgir, el autor de *Voyage aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent*, mantuvo su pervivencia en muchos sentidos. Humboldt se había convertido en parte integrante del panteón nacional de buena parte de las repúblicas recién fundadas. Las elites criollas consideraban su relato del viaje americano incluso como una especie de partida de nacimiento de una nueva era de la independencia. En ocasiones se empezaba a hablar, teniendo en cuenta tanto la historia como el presente, de una «Humboldtización de América». ¿Y España?

El propio Alexander von Humboldt interpretaba el comienzo de su expedición americana como el inicio de una *vita nova*, una vida que sería coronada por la fortuna, como lo serían también sus investigaciones científicas. De este modo, no es de extrañar que las miradas se centraran más en su estancia en las colonias españolas que en la madre patria, a pesar de que las Islas Canarias y especialmente el ascenso del Teide tuvieran en este sentido una especial relevancia. No en vano, la isla de Tenerife, con su volcán, era el lugar perfecto, el prototipo ideal sobre el que poner en práctica una ciencia dinámica, en la que siempre podía percibirse, en el ascenso del Chimborazo o posteriormente en el recorrido de las montañas de Asia Central, la silueta del Pico del Teide. No obstante, la Península Ibérica –al menos a primera vista– parecía quedar al margen, aunque la dedicatoria del *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne* al rey Carlos IV debería haber sacado de su error a los estudiosos.

No cabe duda: comparada con el increíble espectáculo que suponía el archipiélago subtropical, con el Teide y los dragos, la Península quedaba en franca desventaja. A pesar de que el propio Humboldt aludía, no sólo en el fragmento que citamos más arriba, sino en numerosos pasajes de su obra, a la importancia de su viaje por España y en particular a su estancia en Madrid y Aranjuez, se hablaba, en el mejor de los casos, de una «expedición de mediciones barométricas» por un país que en Centroeuropa, desde la publicación del catastrófico artículo *Encyclopédie méthodique*, no acababa de incluirse entre los ilustrados.

Pero Humboldt tenía una idea bien distinta: era perfectamente consciente del grave error que suponía semejante juicio. Sabía, por propia experiencia, que les debía a España y su Corona no sólo el acceso, el salvoconducto a las colonias, sino también contactos, sugerencias e ideas científicas de toda índole.

Es aquí donde entretejió, de forma realmente ejemplar, esa especie de entramado científico (y político también) que constituía el fundamento de su particular dinámica del conocimiento. Sus contactos tanto con la Corte como con el Jardín Botánico, sus múltiples vínculos con Urquijo y con Cavanilles, con Clavijo y Fajardo y con Muñoz no dan sino una leve idea de la enorme importancia que para Alexander von Humboldt tenían los archivos y academias, los estudiosos y el pulso intelectual de la capital. Humboldt donó sus colecciones no sólo a los museos de Berlín o París, sino también a los de

Madrid. Y su vinculación tanto a España como al mundo intelectual español perduró no sólo durante su estancia en España o su expedición americana, sino también durante muchos decenios. La exposición que se ha celebrado en fechas recientes en Madrid puso de manifiesto sus abundantes vínculos.

Por otra parte, esta ambiciosa exposición no representa un hito aislado, sino que viene a unirse a los últimos y novedosos hallazgos científicos. Es una gran fortuna que se reconozca cada vez más la importancia del «desvío» que representó España para Humboldt y se convierta en objeto de estudio científico. Gracias a sus investigaciones, Miguel Ángel Puig-Samper y Sandra Rebok no sólo han rescatado documentos ignotos o que se creían desaparecidos, sino que han dado las claves decisivas para el estudio del «Humboldt español». Sus artículos facilitan una nueva visión del intercambio científico existente tanto dentro de España y Europa como entre Europa y América. La marcha hacia la modernidad se revela como una partida hacia modernidades divergentes. Es el de la globalización un discurso que permite ver distintas fases de una globalización acelerada. Los vínculos entre Humboldt y la ciencia española adquieren así una función de bisagra.

Con todas estas consideraciones como telón de fondo se entiende por qué Alexander von Humboldt concluía con las siguientes palabras su «Notice sur la vie littéraire de Mr. de Humboldt [sic!], communiqué par lui même au Baron de Forell», fechada en Aranjuez, el 11 de marzo de 1799, redactada en francés y redescubierta al hilo de las investigaciones aquí recogidas:

«[...] je pris la route de la péninsule pour demander la protection de S. M. Catholique dans un voyage d'Amérique, dont le succès me mettroit au comble de mes vœux».²

Para Humboldt, España representa, en más de un sentido la llave que abre América y la culminación de sus deseos más profundos.

Ottmar Ette
Universidad de Potsdam

² Citado en: Miguel Ángel PUIG-SAMPER: «Humboldt, un prusiano en la corte del Rey Carlos IV», *Revista de Indias* LIX, 216 (1999), p. 355.

II

HUMBOLDT EN ESPAÑA



Alexander von Humboldt
Auguste Desnoyers. 1805

ESTANCIA E INVESTIGACIÓN GEOGRÁFICA EN LA PENÍNSULA

El entramado de un viaje

Ya en tiempos de Carlos III, un famoso viajero –Joseph Townsend– recomendaba para viajar por España una buena constitución física, llevar dos buenos criados, cartas de crédito para las principales ciudades y recomendaciones para las mejores familias del país. Cuando en enero de 1799 Alexander von Humboldt atravesaba la frontera pirenaica para llegar a Barcelona con el sueño de llegar a África o quizá encaminarse hacia tierras americanas, cumplía gran parte de estas sugerencias. Según el pasaporte que le habían concedido las autoridades francesas para viajar a Argel, por indicación del embajador prusiano en París –Alphonse de Sandoz Rollin–, Humboldt presentaba una apariencia física inmejorable y la resistencia de su constitución había quedado demostrada tanto en las experiencias galvánicas que había probado en su propio cuerpo como en su trabajo profesional como Inspector de Minas en su Prusia natal. En cuanto al segundo consejo, sólo se cumplía parcialmente, ya que el sabio alemán venía a España acompañado únicamente de su amigo, considerado como un criado o a lo más secretario por las autoridades españolas, el botánico francés Aimé Bonpland.

Respecto al tercer asunto, el financiero, Humboldt no tenía problemas aparentes, ya que tras la muerte de su madre había heredado una gran fortuna que pensaba invertir tanto en su viaje –finalmente a las colonias españolas de América– como en la publicación de los resultados científicos de su aventura.

Cumplía Humboldt la cuarta recomendación de Townsend prácticamente unida a la tercera, que le había permitido tener acceso a otras familias notables como las de Gálvez, Gardoqui, la del duque del Infantado, etc., pero el científico prusiano no se conformaba con estas relaciones para conseguir sus objetivos.

Itinerario por España

Aunque se ha especulado mucho sobre las intenciones de Humboldt al llegar a Madrid, tras el fracaso de su viaje con el capitán Baudin y el posterior a África, lo cierto es que según la carta que dirigió desde Madrid a Reinhard y Christiane von Haefen el 28 de febrero de 1799, en agosto pensaba trasladarse a Tenerife para desde allí viajar a las Antillas danesas, donde se

En 1799 España recibe la visita de Alexander von Humboldt. La interpretación de su estancia, hasta ahora como un simple paso a su destino americano se ve modificada tras las últimas investigaciones hispano-alemanas que nos remiten a una nueva visión de los días pasados por Humboldt en la península Ibérica. El joven naturalista, ya conocido en nuestro país por sus interesantes y arriesgadas experiencias en torno a la electricidad animal, realiza una amplia investigación científica junto a su acompañante el botánico francés Aimé Bonpland. Su trabajo científico, en el que despliega la experimentación con un amplio equipo de aparatos científicos de última generación, abarca desde la investigación geológica, botánica y climatológica, hasta la astronomía de posición, y se desarrolla a lo largo de su viaje peninsular desde Barcelona hasta A Coruña, lugar del que partió hacia la tierra soñada, con escala en Tenerife. Entre sus contribuciones quedarán siempre su descubrimiento científico de la meseta peninsular, sus reflexiones sobre el vulcanismo canario y su geografía de las plantas, replanteada en las laderas del Teide. Además inicia desde España, con todo el apoyo institucional, un proyecto de modernidad, que, en palabras de Ottmar Ette, incluye la creación de una ciencia intercultural, transdisciplinaria y cosmopolita. Habría que añadir su nueva visión romántica de la ciencia, que combina el sentido de la observación y la fría racionalidad científica, que exige la experimentación y la medición rigurosa, que Humboldt practica de manera magistral.



DOCE CALLES

